

## Poesía de verano

Con estos calores molestos de veras, para mí las musas dormidas se encuentran. En nada me ayudan ni apoyo me prestan, ni a mí me sucede como a esos poetas que los acarician; no encuentro siquiera un fútil motivo en el cual pudiera inspirarme un poco. Mil males me aquejan; y como tampoco soy ningún poeta que poseo lira, ni tengo melemas de esos que nos dicen tantas cosas bellas, que nos cantan siempre del sol, las estrellas, la luna, los astros, el mar y la tierra, de bellas huries, de lindas gacelas, de corazoncitos de muchas doncellas, cándidas palomas (tontería es esa) románticas, puras, sencillas e ingenuas, sólo me conformo con decir a secas: «¡Señor, qué calores, Jesús, cómo aprietan, parece mentira que el calor se sienta, cuando hay tantos *frescos* y muchas más *frescas!*»

ZERAUS.

RÁPIDA

## Desilusión

Hay instantes en la vida de toda persona que se recuerdan con delectación y tristeza al mismo tiempo. Esto me decía en una tarde de invierno, enajada de nubes, un muy amigo, a la vez que refería casi una historia de amor.

—Pues verás—me decía—: conocí yo en cierta ocasión y con motivo de un viaje a una sin par mujer. Era morena, no muy alta, soñadora y poética; la daban a conocer dos ojos de una intensa negrura; es decir, poseía estas admirables cualidades unidas todas en graciosa mescolanza y contrastando en un conjunto de suprema belleza.

Deseaba hablar con aquella mujer y se me ofreció momento oportuno al preguntarme la hora; y yo, solícito, deseoso de complacer en algo a aquella mujer que tan internamente me había interesado, saqué mi sencillo reloj y con voz no muy segura, por el respeto que me inspiraba, la dije: Las tres.

Con una ligera sonrisa, propia de su vejeidad, pagó mi insignificante favor; yo, por mi parte, y deseoso de amistarme con

ella, musiré: Como verá usted, no es muy tarde, sólo son las tres, es el comienzo de una bella tarde, aunque no tan bella como usted.

Me había estado oyendo, al parecer indiferente; mas estas últimas palabras la sacaron de su indiferencia y la animaron para hablarme, y con su arpegíca voz, decirme: Gracias, adivino que es usted muy amable y que efecto de su amabilidad me ha dicho esas palabras, pero no, no puedo ser tan bella como la tarde. Y sin darle tiempo a que siguiera la dije: Sí, es usted para mí más bella que la tarde, porque la tarde es, tan sólo, de una contemplación pasajera y, al fin, hay muchas; pero usted es de una contemplación eterna y para mí... es usted sola en el mundo.

Extrañeza, estupor, algo que no entendía fueron mis palabras para ella; y cuando me iba a decidir para explicarla toda mi pujante pasión que pugnando estaba por salir de mi boca, ¡infausta coincidencia!, paró el tren en el andén de la estación donde ella se dirigía.

Un tembloroso contacto de nuestras manos acompañado de una lacónica frase de despedida y de una prometedora y expresiva mirada, fueron el principio y el principio del fin de todo aquello; y digo el principio del fin, porque desde aquel día, que gravado quedará en mi memoria mientras viva, no he visto mujer como aquella; mi vida es un continuo sufrir; ya mi amor, frustrado en su primera e inconcusa manifestación, quedará extinto para siempre.

Esto me contó mi amigo; y como viera yo que estos recuerdos le entristecían, traté de que habláramos de otra cosa y, en efecto, una observación momentánea me ayudó en mi propósito; y entonces, nuestra charla divagó por otros derroteros, hablamos de poesía, de música, de mil cosas todas ellas animadas y del mayor agrado para nosotros.

En el transcurso de nuestra nueva conversación, cuando ésta se hallaba más animada por parte de ambos, no pudo pasar para mí desapercibida una leve sombra de tristeza en el rostro de mi amigo, que me obligó a decirle: Desecha preocupaciones, disipa esos pensamientos que quieren, quizá, enloquecer, y olvida...

Y al presto oscurecer de aquella tarde invernal, muy quedo y al oído, como si alguien pudiera oírle, me decía: Es que hay instantes en la vida de toda persona que se recuerdan con delectación y tristeza al mismo tiempo.

CRUZ M. ESPADA

ROMANCE

## CUANDO SUEÑA EL ALMA

Qué sueños más bellos,  
qué dichas más gratas,

en estos rincones  
de la vieja España,  
pasé en armonía,  
en la quietud santa  
de todo el que en sueños  
el ideal halla.  
¡Qué bello, qué bello  
es que sueñe el alma!

Ya entre las virgíneas  
espigas doradas  
que en la madre tierra  
hizanse galanas,  
veo a los reflejos  
de una luz extraña  
la efigie donosa,  
idealizada,  
de la huri venusta  
que en mi sueño hallara.  
¡Qué bello, qué bello  
es que sueñe el alma!

Ya los ruiseñores  
sus trinos exhalan  
entre la floresta;  
batiendo sus alas  
al rítmico son  
de dulce sonata,  
mensajes traían  
llenos de esperanza,  
del ideal bello  
con el cual soñara.  
¡Qué bello, qué bello  
es que sueñe el alma!

Ya al son de la guzla  
que pulsa agitada  
mi trémula mano,  
añora esperanza  
mi vida, que en sueños  
rosados, ufana  
de amores plática  
entre la enramada  
de bellos jardines  
do el ideal halla.  
¡Qué bello, qué bello  
es que sueñe el alma!

Qué campos más bellos  
qué dulce y rosada  
para la existencia,  
el alma cristiana  
en estos rincones,  
tranquilas moradas  
que sueños pregonan,  
a las destelladas  
del alba entre flores  
de amor matizadas.  
¡Qué bello, qué bello  
es que sueñe el alma!

Ya el pájaro entona  
su alegre alborada.  
El sol se descubre  
entre las montañas,  
y su bella crespa,  
pura como el aura,